

853

A.



DJ 88
A4

FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Es propiedad.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
FONDO RICARDO COVARRUBIAS

HOLANDA.

El que mira por primera vez un mapa grande de Holanda, se admira de que pueda existir un país de sus condiciones. A primera vista no puede decirse si hay más tierra ó más agua, ni si Holanda pertenece más al continente que al mar. Al ver aquellas costas rotas y comprimidas; aquellos profundos golfos; aquellos grandes ríos que, perdido el aspecto de tales, parece que llevan al mar nuevos mares, y aquel mar que, casi trocándose en río, penetra entre las tierras y las divide en archipiélagos; los lagos, las grandes lagunas y los canales que se cruzan en todas partes, parece que un país tan poco consistente debe disgregarse y desaparecer de un momento á otro. Diríase que no puede ser habitado más que por castores y focas, y se piensa que los habitantes—porque hay gente bastante atrevida para vivir allí—no deben dormir en paz.

Esto fué lo que pensé la primera vez que miré un mapa grande de Holanda, y entré en deseos de

saber algo acerca de la formacion de este singular país; y así como lo que supe me determinó á hacer este libro, lo escribo con la esperanza de que decida á otros á leerlo.

Tratándose de un país que no se conoce, se suele hacer esta pregunta á los que lo han visto: —¿Qué país es ese?

Lo que es Holanda, lo han dicho muchos en pocas palabras.

Napoleon dijo que era un aluvion de rios franceses—el Rhin, el Escalda y el Mosa—y con este pretesto lo agregó al Imperio. Un escritor lo definió como una especie de transaccion entre la tierra y el mar. Otro, como una inmensa capa de tierra que flota sobre las aguas. Otros, un anejo al viejo continente, la China de Europa, el fin de la tierra y el principio del Oceano, una descomunal almadia de fango y arena; y Felipe II, el país más cercano al infierno.

Pero todos estuvieron de acuerdo en un punto y lo manifestaron con las mismas palabras:—Holanda es una conquista del hombre sobre el mar,—es un país artificial,—lo hicieron los holandeses,—existe porque los holandeses lo conservan,—desapareceria si los holandeses lo abandonasen.

Para hacerse cargo de esta verdad, es preciso figurarse la Holanda tal como era cuando fueron á habitarla las primeras tribus germánicas que andaban errantes en busca de una pátria.

Holanda era un país casi inhabitable. Eran vastos lagos—tempestuosos como mares—que se tocaban unos á otros; lagunas junto á lagunas; malezas tras malezas; inmensos bosques de pinos, encinas y alisos, recorridos por manadas de caballos indómitos; en cuyos bosques—dice la tradicion—podian andarse leguas y leguas pasando de árbol en árbol, sin tocar á tierra. Las profundas bahías llevaban hasta el corazon del país la fúria de las tempestades boreales. Algunas provincias desaparecian una vez al año bajo las aguas del mar y eran llanuras fangosas, ni tierra ni agua, por las que era tan imposible andar como navegar. Los grandes rios, que no tenian inclinacion bastante para desaguar en el mar, iban acá y allá, como inseguros del camino que habian de tomar, y se adormecian formando grandes estanques entre las arenas de la costa. Era un país siniestro, recorrido por vientos furiosos, azotado por pertinaces lluvias, velado por una niebla perpétua, donde no se oia más que el mugido de las olas, los rugidos de las fieras y los gritos de las aves marinas. Los primeros pueblos que tuvieron el valor de plantar allí sus tiendas, debieron levantar con sus propias manos montecillos de tierra para librarse de los desbordamientos de los rios y de las invasiones del Oceano y vivir en aquellas alturas como náufra-gos en islas solitarias, bajando al retirarse las aguas para buscar alimento en la pesca y en la

caza, y recojer los huevos depositados en las arenas por los pájaros marinos. César, al pasar, fué el primero que nombró aquellos pueblos. Los demás historiadores latinos hablaron con piadoso respeto de aquellos intrépidos bárbaros que vivian en "tierras flotantes" expuestos á la intemperie de un cielo inclemente y á las cóleras del misterioso mar del Norte; y la imaginacion se complace en figurarse á los soldados romanos que, de lo alto de los fuertes avanzados del Imperio, azotados por las olas, contemplaban con tristeza y admiracion á las tribus errantes por aquellas tierras desoladas, como una raza maldecida del cielo.

Ahora, cuando se piensa que una region semejante ha llegado á ser uno de los más fértiles, de los más ricos y de los mejor ordenados países del mundo, se comprende lo justo que es el dicho de que Holanda es una conquista del hombre.

Pero hay que añadir: es una conquista continua.

Para explicar este hecho y mostrar cómo la existencia de Holanda, á pesar de las grandes obras de defensa construidas por los habitantes, requiere todavia una lucha incesante y llena de peligros, basta recordar al paso algunas de las principales vicisitudes de su historia física, comenzando por la época en que sus pobladores la habian hecho ya una tierra habitable.

Las tradiciones hablan ya de una gran inun-

dacion de la Frisia en el siglo VI. Desde entonces, cada golfo, cada isla, y puede decirse cada ciudad de Holanda, recuerda una catástrofe. Desde hace trece siglos se cuenta una gran inundacion cada siete años, además de las pequeñas; y como todo el país es llano, estas inundaciones fueron verdaderos diluvios. Hacia el fin del siglo XIII el mar deshizo parte de una península fertilísima cerca de las bocas del Ems y destruyó más de treinta pueblos. Durante el mismo siglo, una série de inundaciones marítimas abrieron una inmensa brecha en la Holanda septentrional y formaron el golfo de Zuiderzee, causando la muerte á cerca de ochenta mil personas. En 1421 una borrasca hizo desbordar el Mosa, que sepultó en sus aguas, en una noche, setenta y dos pueblos y cien mil habitantes. En 1532 el mar rompió los diques de la Zelanda, destruyó cientos de poblaciones y cubrió para siempre una gran parte del país. En 1570 una tempestad produjo otra inundacion en Zelanda y en la provincia de Utrecht; Amsterdam fué invadida por las aguas y en la Frisia se ahogaron veinte mil personas. Hubo otras grandes inundaciones en el siglo XVII; dos espantosas al principio y al fin del XVIII; una en 1825 que desoló la Holanda del Norte, la Frisia, el Over-Yssel y Güeldres; otra grande, del Rhin, en 1855, que invadió el Güeldres y la provincia de Utrecht y cubrió gran parte del Brabante septentrional. Ade-

más de estas grandes catástrofes, sucedieron, en diferentes siglos, otras innumerables que serian famosas en otros países, y que en Holanda apenas se recuerdan, como las inundaciones del gran lago de Haarlem, que á su vez tuvo origen en una inundacion del mar; ciudades florecientes del golfo de Zuiderzee desaparecidas bajo las aguas; las islas de la Zelanda á veces cubiertas y á veces abandonadas por el mar; las poblaciones de la costa, desde Helder hasta la embocadura del Mosa, invadidas y arruinadas de tiempo en tiempo; y en todas estas inundaciones, innumerables muertes de personas y animales. Se explican los milagros de valor, de constancia y de industria que ha tenido que hacer el pueblo holandés para crear primero, y despues para conservar semejante país.

El enemigo á quien los holandeses tuvieron que arrancar sus tierras, era triple: el mar, los rios y los lagos; los holandeses desecaron los lagos, rechazaron al mar y aprisionaron los rios.

Para desecar los lagos se sirvieron del aire. Los lagos y pantanos fueron rodeados de diques, y los diques de canales, y un ejército de molinos de viento, poniendo en movimiento bombas aspirantes, vertió el agua en los canales que la condujeron á los rios y al mar. De este modo, vastos espacios de tierra sepultados en el agua vieron el sol y se transformaron como por encanto en fértiles campiñas cubiertas de poblaciones y cruzadas

por caminos y canales. En el siglo XVII fueron desecados veintiseis lagos en ménos de cuarenta años. Al principio de este siglo, solo en la Holanda del Norte, fueron arrebatadas á las aguas más de seis mil hectáreas de terreno; en la Holanda meridional, antes de 1844, veintinueve mil; en toda la Holanda, desde 1500 á 1858, trescientas cincuenta mil. Con la sustitucion de los molinos de viento por los de vapor se llevó á cabo la gran empresa de la desecacion del lago de Harlem, que medía cuarenta y cuatro kilómetros de circunferencia y amenazaba con furiosas tempestades á las ciudades de Harlem, Amsterdam y Leyden. En este momento se está meditando la prodigiosa empresa de desecar el golfo de Zuiderzee, que comprende una extension de más de setecientos kilómetros cuadrados.

Los rios, otro de los enemigos de Holanda, no costaron ménos trabajos y sacrificios. Algunos, como el Rhin, que se perdian en las arenas antes de llegar al mar, tuvieron que ser encauzados y defendidos de la marea en su desembocadura por formidables cataratas; otros, como el Mosa, flanqueados por diques tan fuertes como los levantados contra el mar; otros desviados, las aguas vagabundas recogidas, regulado el curso de los afluentes, repartidas las aguas con rigurosa medida en varias direcciones para mantener en equilibrio aquella enorme masa líquida, de la cual era

bastante un ligero desequilibrio para invadir provincias enteras; y de este modo todos los rios que antiguamente desparramaban por el país sus desenfrenadas y devastadoras aguas, fueron dominados como arroyuelos y obligados á servir.

Pero la lucha más tremenda fué la reñida con el Oceano. Holanda es en gran parte más baja que el nivel del mar; por eso en todas partes donde la costa no está defendida por las dunas, habia que defenderla por medio de diques. Si estos interminables baluartes de tierra, de madera y de granito no estuvieran allí para atestiguarlo, como monumentos, no se creeria que la mano del hombre hubiera podido realizar, aun en muchos siglos, tan gran trabajo. Solo en Zelanda, los diques se extienden en una longitud de cuatrocientos kilómetros. La costa occidental de la isla de Valkeren está protegida por un dique, cuyos gastos de construcción, unidos á los de conservación puestos á interés, ascenderian á una suma igual al valor que tendria el dique si fuese todo de cobre macizo. Alrededor de la ciudad de Helder, en la extremidad septentrional de la Holanda del Norte, se extiende un dique de diez kilómetros, construido de granito de Noruega, que se interna más de sesenta metros en el mar. Toda la provincia de Frisia, en una longitud de ochenta kilómetros, está defendida por tres filas de empalizadas enormes sostenidas por masas de granito de Noruega

y Alemania. Amsterdam, todas las ciudades del litoral del Zuiderzee y todas las islas—fragmentos de tierras sumergidas—que forman como una corona entre la Frisia y la Holanda del Norte, están protegidas por diques; de las bocas del Ems á las del Escalda, Holanda es una fortaleza impenetrable, cuyos inmensos bastiones y molinos son las torres, las cataratas, las poternas, las islas, los fuertes avanzados, y que como una verdadera fortaleza, no enseña á su enemigo el mar más que las puntas de los campanarios y los techos de los edificios, como en son de burla y desafío.

Holanda es una fortaleza y el pueblo holandés está como en una fortaleza en pié de guerra contra el mar. Un cuerpo de ingenieros, dependiente del Ministerio de lo Interior, distribuido por todo el país y ordenado como un ejército; espía continuamente al enemigo, cuida del orden de las aguas interiores, precave las roturas de los diques y ordena y dirige los trabajos de defensa. Los gastos de la guerra están repartidos: una parte toca al Estado, otra á las provincias, y cada propietario paga además de las contribuciones generales, un impuesto especial para los diques, proporcionado á la extension de sus posesiones y á la distancia de las aguas. Una rotura casual ó un descuido, pueden ocasionar un diluvio; el peligro es continuo; los centinelas están en sus puestos, en los baluartes; al primer asalto del mar, lanzan el gri-

to de guerra, y Holanda envia brazos, materiales y dinero. Cuando no se riñen grandes batallas se pelea en sorda y lenta lucha. Los innumerables molinos, aun en los lagos desecados, trabajan sin descanso para absorber y verter en los canales el agua llovediza y la que rezuma de la tierra. Todos los dias, las cataratas de los golfos y de los rios cierran sus gigantescas compuertas á la marea que intenta lanzar sus olas hasta el corazon del país. Se trabaja continuamente en reforzar los diques poco firmes, en fortificar las dunas por medio de plantaciones, en hacer, donde las dunas son bajas, nuevos diques erguidos como inmensas lanzas vibradas en el seno del mar para destruir el primer ímpetu de las olas. Y el mar llama eternamente á las compuertas de los rios, las azota eternamente, murmura en todas partes su eterna amenaza, levanta sus ondas curiosas como para mirar las tierras que se le disputan, amontona bancos de arena delante de los puertos para matar el comercio de las ciudades no vencidas, roe, carcome y socava las costas; y no pudiendo derribar los baluartes, donde estrella en rabiosa espuma sus impotentes esfuerzos, arroja á sus piés buques llenos de cadáveres, para que den muestra al país rebelde de su cólera y de su fuerza.

Mientras dura esta gran lucha, la Holanda se trasforma. Un mapa de este país, tal como era

ocho siglos há, no se reconoce á primera vista. El mar se transforma y se transforman los hombres. El mar, en algunos puntos, hace retroceder la costa, quita al continente porciones de tierra, las deja, vuelve á tomarlas, reúne al continente islas con vínculos de arena como la Zelanda; arranca pedazos de tierra firme y forma nuevas islas, como Wieringen; se retira de ciertas provincias, y hace ciudades interiores á las que eran marítimas, como Leuwarde; convierte en archipiélagos de cien islas grandes trozos de llanura, como el Biesbosch; separa las ciudades de la tierra, como á Dordrecht; forma nuevos golfos de dos leguas de ancho, como el golfo de Dollart, y divide por medio de un nuevo mar dos provincias, como la de Holanda del Norte y la Frisia. Por efecto de las inundaciones, el nivel del suelo se eleva en un sitio y descende en otro; tierras estériles se hacen fecundas por el limo de los rios desbordados, y tierras fértiles tórnanse desiertos de arena. Con las transformaciones de las aguas alternan las del trabajo. Se reúnen islas al continente, como la isla de Ameland; se reducen á islas provincias enteras, como sucederá á la Holanda del Norte con el nuevo canal de Amsterdam, que la separará de la Holanda meridional; se hacen desaparecer lagos tan grandes como provincias, como el lago de Beemster; se convierten las tierras en lagos y éstos á su vez en praderas. Y así el país se hace

otro, se corrige y cambia de aspecto, según la violencia de las aguas y las necesidades del hombre; y al recorrerlo con el mapa más reciente en la mano, se puede tener la seguridad de que el mapa será inútil pasados algunos años, porque hay golfos que poco á poco desaparecen, pedazos de tierra próximos á separarse del continente, y grandes canales que se abren para llevar la vida á tierras deshabitadas.

Pero Holanda hizo mucho más que defenderse del agua: se enseñoreó de ella. El agua era su azote y la hizo su defensa. Si un ejército extranjero invade su territorio, abre ella los diques y desencadena el mar y los rios, como los desencadenó contra los romanos, contra los españoles, contra Luis XIV, y defiende con sus escuadras las ciudades de tierra adentro. El agua era su miseria y la hizo su riqueza. Por todo el país se extiende una inmensa red de canales que sirven al mismo tiempo de vías de comunicacion y para regar las tierras. Las ciudades se comunican con el mar por medio de canales; los canales van de una ciudad á otra, unen las ciudades á las aldeas, las aldeas entre sí, y con los caseríos diseminados en el campo; y los canales pequeños rodean las granjas, los pastos, los huertos y hacen el oficio de cercas; cada casa es un pequeño puerto. Los buques, las gabarras, los botes y las balsas recorren el campo, atraviesan los pueblos, giran por entre las casas

y surcan el país en todas direcciones como en otras partes los carros y los coches. Holanda ha llevado á cabo trabajos jigantescos, como el canal Guillermo en el Brabante septentrional; el canal que une á Amsterdam con el mar del Norte, atravesando toda la Holanda del Norte, y tiene más de ochenta kilómetros de largo por más de treinta metros de ancho; el nuevo canal que ha de unir á Amsterdam con el mar, atravesando las dunas, y será el canal más ancho de Europa; y otro no menor que unirá con el mar la ciudad de Rotterdam. Los canales son las venas de Holanda y el agua su sangre.

Dejando aparte los canales, las desecaciones de los lagos y las obras defensivas, al recorrer Holanda se ven por todas partes las huellas de un admirable trabajo. El terreno, que en otros países es un don de la naturaleza, es allí obra de la industria. Holanda sacó la mayor parte de sus riquezas del comercio; pero antes tuvo que hacer producir á la tierra; la tierra no existía y tuvo que crearla. Era todo bancos de arena, cortados por estratos de turba, dunas que el viento removía y desparramaba por el país, y grandes espacios de terreno fangoso que parecían condenados á eterna esterilidad. Faltaban los primeros elementos de la industria, el hierro y el carbon; faltaba la madera, porque los bosques habian sido ya destruidos por las tempestades cuando apareció la agricultura;

faltaba la piedra y faltaban los metales. La Naturaleza—como dice un poeta holandés—había rehusado á Holanda todos sus dones, y los holandeses tuvieron que hacerlo todo á despecho de la Naturaleza. Comenzaron por fertilizar las arenas. En algunos sitios formaron la capa productiva del suelo con tierras traídas de lejos, como se forma un jardín; echaron la sílice de las dunas en las praderas demasiado húmedas; mezclaron con las tierras demasiado arenosas los detritus de la turba sacada del fondo de las arenas; extrajeron arcilla para comunicar nueva fertilidad á la superficie de la tierra; trabajaron en arreglar las dunas; y así, ingeniándose de mil maneras, llegaron á elevar á Holanda á un estado de florecimiento en nada inferior al de los países favorecidos por la Naturaleza. Aquella Holanda arenosa y lodosa que los antiguos consideraban apenas habitable, envía fuera de sus fronteras, año por año, productos agrícolas por valor de más de cien millones de pesetas; posee cerca de un millón y trescientas mil cabezas de ganado, y puede contarse, proporcionalmente á la extensión de su territorio, entre los países más poblados de Europa.

Así se comprende cómo en un país tan extraordinario—físicamente considerado—tiene que haber un pueblo muy distinto de los demás. Con efecto, sobre pocos pueblos ha ejercido el país que habitaban más profunda influencia que el suyo

sobre los holandeses. El carácter holandés está en perfecta armonía con las condiciones físicas de Holanda. Basta mirar los monumentos de la gran lucha reñida por este pueblo con el mar, para comprender que su carácter distintivo debe ser la firmeza y la paciencia, acompañada de un valor tranquilo y constante. Esta gloriosa lucha, y la conciencia de debérselo todo á sí mismo, debe haber infundido y fortificado en él un altísimo sentimiento de la propia dignidad y un indomable espíritu de libertad y de independencia. La necesidad de una continua lucha, de un continuo trabajo y de sacrificios continuos para defender la propia existencia, volviéndolo siempre al sentimiento de la realidad, debe haberlo hecho ser un pueblo altamente práctico y económico; el buen sentido debe ser su cualidad sobresaliente y la economía una de sus virtudes principales; debe, pues, sobresalir en las artes útiles; ser sóbrio en los placeres; ser sencillo aun siendo grande; alcanzar todo aquello que se alcanza con la tenacidad en los propósitos y una actividad meditada y arreglada; ser más sábio que heróico; más conservador que creador; no proporcionar al edificio del pensamiento moderno grandes arquitectos, pero sí muchos hábiles operarios y una legión de trabajadores pacientes y útiles; y en virtud de estas cualidades suyas de prudencia, de actividad flemática y de espíritu de conservación, progresar siempre, pero poco á poco;

adquirir lentamente, pero no perder nada de lo adquirido; ser reacio para despojarse de los antiguos usos; conservar casi entera—á pesar de la vecindad de tres grandes Naciones—su originalidad; conservarla pasando por todas las formas de gobierno á pesar de las invasiones extranjeras, á pesar de las guerras políticas y religiosas de que fué teatro, á pesar del inmenso concurso de extranjeros que buscaron allí un refugio y vivieron en todas las épocas; ser, en fin, entre los pueblos del Norte, el que, sin abandonar el camino de la civilizacion, ha conservado más íntegro su antiguo aspecto.

Basta, además, recordar su forma, para comprender que este país, de tres millones y medio de habitantes, aunque está junto en tan estrecha unidad política y se le reconozca entre todos los pueblos del Norte por ciertos rasgos comunes de todos los habitantes de todas sus provincias, debe ofrecer una gran variedad. Así es en efecto. Entre la Zelanda y la Holanda, propiamente dicha, entre la Holanda y la Frisia, entre la Frisia y el Güeldres, y entre Groninga y el Brabante, á pesar de tantos vínculos históricos y de su gran proximidad, no son menores las diferencias que entre las provincias más lejanas de Italia y de Francia; diferencias de lenguaje, de costumbres y de carácter; diferencias de raza y de religion. El régimen municipal ha impreso á este pueblo una marca indele-

ble, porque en ningun país como en éste fué tan conforme á la naturaleza de las cosas. El país está dividido en varios grupos de intereses por la misma organizacion del sistema hidráulico. De aquí provienen la asociacion y mútuo socorro contra el enemigo comun, el mar; pero hay libertad en las fuerzas é instituciones locales. La monarquía no ha extinguido el antiguo espíritu municipal, que hizo vanos todos los esfuerzos de los grandes Estados que intentaron absorber á Holanda. Los grandes ríos y los profundos golfos son á la vez vías comerciales, que sirven como de lazos de nacionalidad entre las provincias, y barreras que defienden las diferentes viejas tradiciones y costumbres.

Pero por maravillosa que sea la historia física de Holanda, lo es mucho más su historia política. Este pequeño territorio, invadido en un principio por diferentes tribus de la raza germánica, subyugado por los romanos y por los francos, devastado por los daneses y los normandos, desolado por siglos de horrendas guerras civiles; este pequeño pueblo de pescadores y de mercaderes, salva su libertad civil y su libertad de conciencia con una guerra de ochenta años contra la formidable monarquía de Felipe II y funda una República que llega á ser el arca salvadora de las libertades de todos los países, la pátria adoptiva de las ciencias, la Bolsa de Europa, el centro del comercio

del mundo; una República que extiende su dominación á Java, á Sumatra, al Indostan, á Ceilan, á la Nueva Holanda, al Japon, al Brasil, á la Guyana, al Cabo de Buena-Esperanza, á las Indias Occidentales, á Nueva-York; una República que vence á Inglaterra por mar, que resiste á las armas unidas de Cárlos II y de Luis XIV, que trata de igual á igual con las más grandes Naciones, y es algun tiempo una de las tres Potencias que rigen los destinos de Europa.

Ahora ya no es la gran Holanda del siglo XVII; pero es todavia, despues de Inglaterra, el primer Estado colonial del mundo; en vez de la grandeza antigua tiene una prosperidad tranquila; se dedicó al comercio, aumentó en agricultura, perdió del régimen republicano más bien la forma que la esencia, y una familia de príncipes patriotas y queridos del pueblo, gobierna tranquilamente en medio de todas las libertades antiguas y modernas. Allí se ve la riqueza sin fausto, la prosperidad sin insolencia y los impuestos sin miseria. El país marcha sin sacudimientos, sin disturbios, con su antiguo buen sentido, conservando en las tradiciones, en las costumbres, y en las mismas libertades, la marca de su noble origen. Es acaso, entre todos los Estados de Europa, aquel donde hay más instruccion popular y ménos corrupcion de costumbres. Solo en un extremo del continente, ocupado en cuidar de sus aguas y sus colonias,

goza en paz los frutos de su trabajo, sin dar que hablar, y con el gran consuelo de poder decir que ningun pueblo del mundo ha conquistado al precio de mayores sacrificios la libertad de su fé y la independencia de su Estado.

Todo esto revolvía yo en mi cabeza para estimular mi curiosidad, una hermosa mañana de verano, en Amberes, al poner los piés en una embarcacion que debia llevarme por el Escalda á la Zelanda, que es la provincia más misteriosa de los Países-Bajos.